



Trabajo de fin de grado (TFG)

FACULTAD DE COMUNICACIÓN

Universidad de Sevilla

La antena de las emociones

Autor: Manuel Sola Rueda

Tutor: Isaac López Redondo

Grado en Periodismo

SEVILLA, SEPTIEMBRE DE 2021

Resumen

La relación entre la radio y la emoción es más que evidente en todos los registros radiofónicos. Lo certifican innumerables momentos narrados en antena que han quedado para la historia con la impronta emocional tanto en el oyente como en el locutor. El presente trabajo pretende conocer más a fondo esa relación, por qué se produce, en qué situaciones y si hay géneros más propensos a la emoción. A través de una serie de conversaciones con profesionales del medio, y partiendo de mis experiencias personales como redactor de informativos en la SER, he querido cristalizar, en una serie de conclusiones, por qué se dice eso de que “la radio emociona”. En este ensayo he plasmado los diálogos, trufados de reflexiones de los entrevistados no solo acerca de la emoción en antena, sino también sobre todo lo que rodea a la emisión cargada de emotividad. El equilibrio entre la razón y la emoción, la delgada línea entre la subjetividad y la objetividad, la pasión del profesional que hace radio y el camino por el que debe transitar el medio para no perderse en el actual escenario donde precisamente las emociones se han convertido en una herramienta electoral. Fútbol, Carnaval, servicios informativos y Semana Santa han sido objeto de reflexión desde los prismáticos de lo emotivo y lo emocional, dando también cabida al plano biológico, para conocer cómo funciona el cerebro ante los sentimientos provocados por una retransmisión de un gol, escuchar una copla en febrero, preocuparse con una noticia de última hora o saborear el silencio de la espera de un paso en las calles de Cádiz.

Palabras clave:

Emoción, Radio, Vínculo, Oyente, Objetividad.

Índice

1. Introducción.....	4
2. Metodología y objetivos.....	6
3. El hogar de la razón y la emoción.....	9
4. El sonido los recuerdos.....	19
5. El despertador de las emociones.....	26
6. La voz de los gaditanos.....	32
7. El eco de las gaviotas.....	38
8. Conclusiones.....	43

1. Introducción

Siempre me ha gustado hacer reportajes. Empastar un testimonio anónimo cargado de emoción con el primer acorde de una guitarra. Clavar la última tecla del piano con el final de un mensaje. Bajar el tono de mi voz, realizar una pausa antes de una pregunta o dejar un microsegundo de silencio. Emoción en una línea continua formada por trozos de vida de alguien, música y un texto. Siempre me ha gustado hacer reportajes, de esos que emocionan, que no pasan desapercibidos. Que activan un resorte en la conciencia. Que olvidan por un momento el cuadriculado estilo de números y titulares para escuchar la historia de alguien anónimo, para transformar en excelso algo mundano. El sonido de una cafetera, la muerte, curarse de un cáncer, vivir con esquizofrenia, el teatro o una mañana de reyes.

Me apasiona el periodismo y, por encima de todo, la radio. Tengo la fortuna de dedicarme profesionalmente a ella desde segundo de carrera, cuando inicié mis prácticas en Radio Sevilla. Después me contrataron en Radio Cádiz, emisora de la Cadena SER en esa ciudad, donde llevo casi tres años curtiéndome en el periodismo local.

Este Trabajo de Fin de Grado está más planteado como un viaje que como cualquier otra cosa. Una búsqueda de respuestas a incertidumbres o dudas personales que me han surgido en muchas noches reflexionando y que sentía la necesidad de comprender para poder aplicarlas en mi día a día.

Y para ello he querido acudir a profesionales de renombre, tanto a nivel nacional como a nivel local para contarles esto. Simplemente contarles que me intriga saber por qué la radio emociona, por qué remarca nuestros recuerdos de manera tan profunda y por qué sentimos un medio de comunicación como algo tan cercano a nosotros.

Guardo un olor tan profundamente que estoy seguro de que nunca se me borrará. Es el olor que dejaba la colonia de mi abuelo después de salir de peinarse del cuarto de baño cada mañana. Cuando yo entraba todavía estaba ahí. Como su radio ya desgastada y grisácea pero impecable marcando la hora en aquellos números digitales naranjas que se quedaba encendida en una pequeña repisa junto al lavabo.

La historia de la radiodifusión ha dejado momentos señalados para siempre, y en todos ellos había un denominador común: la emoción. La primera vez que Iñaki Gabilondo dio la noticia

de los atentados del 11-M, el tsunami de Indonesia, el gol de Iniesta, el Óscar a Pedro Almodóvar o el anuncio del Estado de Alarma del presidente Pedro Sánchez.

En todos ellos estaba presente la emoción, así que, por eso este texto pivota, por encima de todo, sobre una pregunta: ¿Por qué la radio emociona tanto?

2. Metodología y objetivos

El presente trabajo constituye un ensayo que tiene como objetivo realizar una revisión del papel que tiene la emoción en diferentes registros radiofónicos. Desde los informativos, el fútbol, la cultura, la Semana Santa o el Carnaval de Cádiz. A lo largo del texto se pretende exponer, a través de diferentes entrevistas con profesionales que atesoran una amplia experiencia en el medio, cuán transversal es el espectro emocional en la radiodifusión, qué importancia tiene para el oyente, cómo se deben gestionar correctamente las retransmisiones para alcanzar el equilibrio entre la emoción y la razón y qué presencia tienen actualmente este tipo de contenidos en las escaleras diarias.

El proceso de creación del trabajo comenzó seleccionando a qué personas iba a entrevistar, para que su experiencia y, por tanto, sus testimonios, pudieran arrojar luz a la amplia pregunta de “¿por qué la radio emociona?”.

La primera persona en la que pensé fue Pepa Bueno. Su extensa carrera profesional la convierte en una de las más respetadas periodistas del país. Ha estado al frente de dos formatos muy diferentes: la radio matutina, frenética y sin apenas espacio para la reflexión, y la radio nocturna, pausada, tranquila y al compás del final del día, donde caben los análisis calmados. Ella además ha estado en televisión y puede ofrecer su perspectiva desde ambos medios de comunicación.

Junto a ella, Juan Manzorro. Para muchos un simple locutor de provincias, pero nada más lejos de la realidad. Elegí a Manzorro para comprobar con él si era cierto algo que pienso desde que llegué a Radio Cádiz: la radio local es la que más emociona de todas. Él lleva toda su vida pegado a un micrófono y con los pies en el asfalto de las calles gaditanas. Su bagaje, además de su humildad y su especialización en Semana Santa y Carnaval le convertían en una de las voces a las que debía de escuchar.

En tercer lugar, dos compañeros de redacción: Pedro Espinosa e Ignacio de la Varga. El primero, jefe de informativos de Radio Cádiz. Hombre riguroso, profesional y polivalente, pues además de su tarea como presentador de los informativos matinales está especializado en periodismo cultural. Me parecían muy interesantes los dos aspectos. Primero, por saber si en los informativos cabe la emoción y, en ese caso, de qué forma puede afectar a la

credibilidad, a la configuración de las escaleras y a la forma en la que el oyente percibe la noticia.

Segundo, porque necesitaba saber cómo expresar la emoción de haber presenciado una obra de teatro, o una película, en antena, después de haber sido testigo de alguna representación artística.

Sobre De la Varga, él es jefe de deportes de la emisora. No es una emisora cualquiera. Primero, porque es una de las más antiguas del país y, en segundo lugar, porque es testigo de la pasión de una de las aficiones más famosas de España: la del Cádiz C.F.

Uno de los equipos que más simpatía despierta, de la misma forma que lo hacen sus seguidores. Si pretendía hablar de la emoción en antena y, más concretamente en el fútbol, era casi una obligación contar con alguien que relate y conozca esa pasión y esa forma de vivir el deporte rey en antena, vibrando, gritando, enfadándose y llenándose de júbilo con un gol.

Además, Ignacio es responsable del Carnaval de Cádiz en la emisora. Cada año pasa un mes completo apostado en un palco del Gran Teatro Falla, llevándole a los gaditanos los sonidos de su tradición cultural más arraigada y más cargada de emociones gracias a sus coplas. ¿Cuál debe ser el papel del periodista cuando no es más que un mero transmisor entre la música de las tablas y el gaditano que escucha su carnaval en febrero? Tanto con Pedro Espinosa como con Ignacio de la Varga hablé en la propia emisora, en uno de sus estudios, a mediados de noviembre.

Para completar la selección elegí a Sandra Doval. Una joven de San Fernando, inmersa en su doctorado de neurociencia cognitiva, brillante y cargada de ilusión y conocimiento. Ella ha sido la encargada de aportar lo empírico a este trabajo. Lo que no deja espacio a la elucubración o la reflexión. Pura ciencia. ¿Cómo llega el sonido a nuestro cerebro? ¿Cómo se fraguan los recuerdos gracias a la radio? ¿Qué papel juega la música? ¿Y la voz del locutor?. Necesitaba que alguien me explicase los procesos que sigue el cerebro para recibir y procesar las emociones que nos despierta un transistor en funcionamiento.

A Pepa Bueno tuve la oportunidad de entrevistarla en una de sus visitas fugaces a Cádiz para hacer Hora 25, el 30 de octubre de 2020. Con Juan Manzorro me senté en una de las mesas

del Atlántico para que la charla durase lo que fuese necesario, con un café de por medio y días después de la conversación con Pepa Bueno, en la primera semana de noviembre. A mis dos compañeros, Ignacio y Pedro, les senté frente a mi en uno de los estudios de la emisora. Lejos de los micrófonos pero cerca entre nosotros. Fueron grabadas a mediados de noviembre. A Sandra, fue por teléfono, pues está viviendo en Madrid. Con ella no pude respetar la presencialidad por razones evidentes y la grabación fue a principio de diciembre.

He querido que la presencialidad fuese algo central en el desarrollo de las entrevistas para poder pulsar la pasión con la que los profesionales de la radio hablan de este medio. Sus gestos, sus miradas, sus pausas y sus rostros al hacerles recordar parte de sus anécdotas.

La principal dificultad que me he encontrado a la hora de desarrollar el trabajo ha sido ordenar las ideas y las reflexiones que han trasladado los entrevistados. Dentro de que se trata de un ensayo basado en los testimonios de profesionales del medio, ha sido necesario aplicar un filtro para no convertir una simple opinión en una conclusión.

3. El hogar de la razón y la emoción

Es una de esas mañanas frescas de sábado en Cádiz. De esas en las que la sombra refresca más de la cuenta y el hueco donde pega el sol invita a cerrar los ojos levantando el mentón. A las diez de la mañana Pepa Bueno aparece en la puerta del hotel Barceló Occidental. Puntual, para alivio de mi mente, que lleva imaginando desde primerísima hora de la mañana casi en una suerte de ensoñación cómo será la conversación que entablemos.

Ataviada con un vestido rojo y una chaqueta de cuero, su aspecto refleja bien esa mezcla de periodista clásica pero adaptada a la perfección a estos tiempos de guerras ideológicas, libertad, feminismo y teletrabajo. Por ella pasan los años, como lo hace con todos nosotros, pero su figura, y casi su forma de caminar diría yo, plasman negro sobre blanco que es una mujer poderosa y honesta.

Tomamos asiento en una de las mesas de la terraza del hotel, que está justo en la avenida que vértebra Cádiz, esa ciudad cuyo esqueleto, paradójicamente, está más hecho de arraigo, de canciones, de sal y de levante que de calles paralelas y perpendiculares.

Yo le ofrecí una pequeña entrevista de diez minutos aprovechando su participación en un foro en Chiclana de la Frontera. Algo fugaz, una breve conversación en la que, confieso, tuviera más valor tener en la grabadora de mi teléfono a una de las voces que ha despertado al país -y que ahora lo mece en Hora 25 cuando baja el volumen de la vida- que atesorar sus reflexiones. Ella eligió quedar. Sentarnos a desayunar. Una conversación de esas de las que cuelgas la chaqueta en el respaldo y colocas bien el trasero en la silla para encontrar la mejor postura.

Fuma y pide un café solo, aunque este último detalle no lo recuerdo muy bien. Reconozco que mientras escogíamos mesa y nos acomodábamos pensaba en no parecer un pipiolo abrumado por la emoción de la compañía. No lo logré. Y me alegro.

Ansiaba poder explicarle mis ideas, mis proyectos y mi forma de entender la radio. Buscaba una suerte de aprobación o, al menos, no ser uno más de tantos que se han sentado frente a ella con anhelos de todo tipo y condición.

— ¿Vas a tomar nota? Si vas a tomar nota me corto un poco, dice Pepa

— No te preocupes, yo le doy aquí a grabar y listo, respondo yo casi balbuceando.

¿Cómo empiezo la conversación?, me pregunto. Un periodista que se precie debe tener el don de iniciar su entrevista sin que parezca un interrogatorio del CNI, pienso mientras, apenas sin darme cuenta, ella ya había iniciado la charla.

Cuando saco mi papel con las preguntas, doblado varias veces y con decenas de borrones y marcas de bolígrafo siento la necesidad de justificarle que no siempre soy así de desordenado, y que desde que empecé a escribir, mis profesores del colegio destacaban la pulcritud de mis deberes.

“Eso es así, querido, ni un periodista sin su tachón”, explica ella con un cierto tono de ternura, como si mirase a alguien que le queda por tachar tanto o más que redactar, para continuar asegurando que ella “escribe, escribe y escribe”, y que tantas veces como lo hace, corrige.

“Sobre todo lo hacía cuando teníamos tiempo para pensar y no esta locura”, lamenta. Dice que la prisa que imponen estos tiempos y la falta de más personal en su equipo -“somos cuatro para tres horas y media diarias en Cadena”- han dificultado de sobremanera profundizar en los temas tanto como le gustaría hacerlo.

“Tengo la sensación de que ahora voy en la espuma de los días”, explica algo abrumada. Cuenta que la pandemia, como a casi todos, le ha brindado oportunidades de enriquecer algún aspecto profesional. En primavera tuvieron una pequeña tregua en la que se dieron cuenta de que lo que importaba no era más que escuchar al oyente, y que este se sintiera escuchado.

El ambiente enrarecido, melancólico y traumático que propició el confinamiento domiciliario les hizo más empáticos, y afirma que lo que le decía a su equipo era muy simple: “pongámonos en la piel de la gente, ¿cuál es la incertidumbre del día?, ¿hoy qué nos preguntamos cuando estamos metidos en casa?”. Un necesario pisotón al freno en un momento vertiginoso.

— Estamos en una aceleración permanente en la que eliges un carril y por ahí es muy fácil deslizarse.

— ¿Y cómo salimos de ese carril, Pepa?

— Aplicando el protocolo profesional, parando el carro un segundo.

Falta protocolo profesional, pero también falta tiempo para poder aplicarlo, explica. Las crisis económicas, según Bueno, han dejado en los huesos a redacciones otrora poderosas y plagadas de plumillas. Cuenta que hace 9 años, “cuando todavía estaba yo en televisión”, un periódico de Los Ángeles contrató la información local de la ciudad con una gente de Nueva Delhi (India) para que hicieran las noticias. “Eso es la muerte del periodismo”, sentencia.

Lo sucedido en L.A. retrata fielmente el momento por el que pasa el periodismo y el riesgo que corre de alejarse, cada vez más, del día a día de esos ciudadanos que son sus lectores, sus oyentes o sus espectadores. Asegura que en este escenario tan sombrío la radio debe tirar de galones y seguir siendo lo que es, “un medio que es compañía, que es información, que tiene mucha credibilidad y que es emoción”.

Y así es como sale, por primera vez, la palabra emoción en nuestro diálogo. Como uno de los principales atributos de la radio, aunque más tarde profundizaríamos en el papel que juega en la escaleta diaria.

Pepa conoce bien la radio. Es capaz de describir sus virtudes y defectos como algo inherente a ella misma. La trata cada día, a ella y a sus oyentes. Desembarcó en la SER procedente del prime time matinal de Televisión Española. Cuando llegó sintió que sus sesos corrían menos peligro que en la tele.

“Yo vengo de veinte y tantos años de información en la televisión pública, e informar allí es contar noticias con un helicóptero lleno de francotiradores sobrevolando tu cabeza. Allí la opinión y la emoción no existen. Para mí fue un enorme entrenamiento la llegada a la SER, la vuelta a la radio. Fue como quitarme el corsé, poder no solo informar, sino opinar y dejar aflorar la emoción. Vi desaparecer a los francotiradores”.

Para ella, las diferencias entre la televisión y la radio son muy claras. “En la tele te admiran o te odian, la relación entre el emisor y el destinatario es muy vertical. En la radio es muy horizontal, o te detestan o te quieren. No te admiran, te quieren”. Esa horizontalidad en la relación es, según Pepa Bueno, la puerta de entrada de las emociones en la radio, porque “la radio penetra en tu vida, no solo en tus ojos y en tu cabeza, sino en tu vida”.

Apenas han pasado 10 minutos desde que empezamos a hablar y ha dado en el mismo centro de la diana. La relación entre locutor y oyente es en sí un vínculo emocional porque “le pides al que está al otro lado del transistor que imagine, que active una escucha que no es la misma que en la tele”. De hecho, cuenta que cuando está en casa viendo un telediario no son pocas las veces que cierra los ojos para enterarse mejor de la información.

Un conjunto de atributos que culminan con la que es, a mi juicio, la capacidad más importante que debe tener un ser humano: la empatía. Y es que el buen locutor, explica, debe pensar lo que está haciendo el oyente para adaptar su discurso. Ella lo sabe bien, pues tuvo que hacer un viraje de 180 grados cuando cambió los carriles informativos de la mañana en el Hoy por Hoy por el compás de reflexión y análisis del Hora 25. Un cambio que, por cierto, no le costó demasiado y que “tuvo mucho de orgánico, de pensar a quién me estoy dirigiendo”.

Me he bebido ya el café porque apenas he intervenido en la conversación. Tampoco he anotado nada en la libreta porque mi objetivo es convertir la entrevista en una reflexión conjunta en la que aporte mi corta pero intensa experiencia profesional en la radio.

— ¿Es la emoción el antídoto contra la sociedad agreste e individualizada en la que nos estamos convirtiendo?

— En esta sociedad cada vez más polarizada y más aislada como una roca, hay una grieta, y esa grieta es la emoción.

Pepa tiene la capacidad de hablar con titulares que podrían encabezar la contraportada de El País en su edición dominical. Aunque no se queda en una línea. Profundiza en el asunto apoyándose en su experiencia más reciente, cuando terminaron por ‘dar’ la hora de las 21:00 completa a los oyentes durante la parte más dura de la pandemia.

Un tramo radiofónico “pura radio del siglo XX” en el que se dio cuenta de otra de las virtudes del medio: “La radio es escucharse en voz alta sabiendo que hay otros que escuchan”. Otra explicación de por qué la emoción siempre se siente cómoda viajando desde un micrófono hasta el altavoz del aparato de cualquier casa.

— Entonces, ¿la radio debe volver al origen?

— Nada vuelve al origen, Manu, pero esa capacidad de la radio para conectar con el oyente, al instante y en el momento y compartir juntos la emoción... ¿por qué vamos a renunciar a eso? ¿En nombre de qué?

Ella es firme defensora de vivir con la mirada puesta en el presente y el futuro, y reconoce no ser nada aficionada a mirar el pasado, aunque sí defiende a ultranza que la radio debe mantener “como oro en paño” aquello que le ha dado esa capacidad de sobrevivir a la historia: la frescura y la credibilidad.

Le pregunto si, entonces, y a la luz de que la emoción en la radio tiene una importante cuota de responsabilidad en su reputación, se debe abrir la compuerta a las emociones. Ella lo niega. Lo tiene muy claro y, por su reacción, muy reflexionado.

”No se debe abrir totalmente la compuerta a las emociones en la radio. Aunque la radio nunca la ha cerrado, abrirla completamente sería dejar de lado la ilustración y la racionalidad y dejarlas en la vitrina de los sueños imposibles”.

Y es que otro de los asuntos cruciales en la revisión de las emociones en la radio es el difícil equilibrio entre un contenido copado por estas y un tratamiento de los temas desde la más estricta racionalidad. Una línea que, en los últimos años, la política de bandos y trincheras ha ido mermando hasta dejarla en situación de extrema delgadez.

Por eso ahora para Pepa Bueno es más importante que nunca saber moverse entre medias. No es nueva en esta tarea. Recuerda cuando insistía a los redactores que formaban parte de un programa de sucesos que presentaba en TVE que los planos de sangre solo se usasen “si ayudaban a entender la información”.

Defensora de la razón, el avance sobre unas reglas, normas y pautas ya marcadas por consenso, rehúsa de hacer una gestión “meramente emocional”, pero no rechaza, ni mucho menos, la emoción en antena. Es más, asegura que si no se mete emoción en la radio “no estamos entendiendo nada”.

Esta difícil encrucijada, sostiene Pepa, la radio la afronta mejor que ningún otro medio de comunicación, porque la radio “es y debe seguir siendo el medio donde la emoción es compatible con la razón. Donde la presencia de la emoción no significa que manden las vísceras. El medio donde la emoción ocupa un espacio que no anula la razón”.

Quizás sea por eso por lo que está recuperando justo ahora el terreno perdido en la última década. Ahora que la política es un ring de boxeo y los ciclos políticos son casi efímeros, la radio se podría personalizar en la diosa ‘Temis’ de la justicia. En una mano la razón, en otra la emoción y en medio la defensa del principio de contradicción cuando un político se sienta ante sus micrófonos.

Pepa reflexiona sobre el tema central de nuestra conversación hilando cada una de las acepciones que tiene la emoción en antena. Una de ellas es que se ha convertido en una herramienta política. Asegura que eso ha hecho que los medios de comunicación sean ahora más reticentes a la hora de incluir contenidos donde la emoción sea la protagonista porque “la emoción no se está conduciendo hacia la felicidad, sino que se ha convertido en una mercancía, en un instrumento electoral, tú contra mí. Por eso ha desaparecido la emoción”, afirma con gesto de preocupación. Subraya la importancia de que se reconduzca para que no se pierda, porque precisamente las emociones son la herramienta para contar “la parte luminosa de la vida”.

“Soy una de las periodistas a las que Fraga le dijo: señorita, si quiere un titular, salga a la calle y muerda a un perro”. La extremeña recuerda que le temblaban las piernas cuando escuchó aquella frase ante sí, y reconoce que los periodistas hemos convertido el conflicto en la materia prima de nuestro trabajo.

La emoción es la clave para poder atisbar el mapa de lo luminoso que abunda en nuestra sociedad y es fundamental, dice, para solucionar una duda que le surge de manera muy recurrente: “¿Cómo encajamos en el curso informativo esa parte de la vida? Es una reflexión que tenemos que hacer todos porque, de lo contrario, también estamos falseando la realidad”.

Por lo pronto, ella ya tiene una explicación de por qué cuesta más contar ese lado del tablero del día a día, y es porque eso se monetiza peor, provoca menos clicks y capta menos la atención en “el infoshow” en el que vivimos.

— ¿Y el amor, Pepa?, ¿por qué no se habla del amor en la radio si es algo central en nuestras vidas?

— ¿Tú crees que hace falta hablar más del amor?

— Sí, lo creo.

— Pues probablemente lleves razón. Hace falta hablar de amor, de desamor, de odio. Hemos dejado de hablar de eso porque pensamos que devalúa el programa.

Asiente con la cabeza mientras matiza que esa parte luminosa de la vida de la que hablaba no es necesariamente un bálsamo, que también tiene conflictos, pero que son otro tipo de conflictos de los que se ha dejado de hablar. Y si hablamos de conflictos, el amor, precisamente, es el rey de corazones.

Llevamos más de media hora, el café se terminó hace tiempo, su voz y sus gestos advierten algo de cansancio, pero continúa dispuesta a responder a todo lo que le pregunto. Y yo, pensando que soy Jesús Quintero en Ratones Coloraos, me envalentono y lanzo una de esas preguntas engoladas que hacemos los que pecamos de ser un poco presumidos. Esas que haces porque sabes que suena de manera casi poética.

— ¿Y el silencio en la radio?

— ¡Uf, el silencio!

Su reacción me sienta de maravilla, he de reconocerlo.

— Pues Manu, se ha perdido el silencio, ha desaparecido, y el silencio dramático forma parte de la vida. ¿Sabes cómo me enteré yo de que había ocurrido el 11-M?

— ¿Cómo?

— Por un silencio de Iñaki (Gabilondo).

Pepa cuenta que estaba en casa vistiéndola a su hija para ir al colegio y que fue “un quiebro de la voz de Iñaki Gabilondo” el que, en mitad del bullicio matutino previo a la escuela, le preocupó.

— Mandé a mi hija callar al instante y, antes de que pronunciase las palabras, aquel silencio de un microsegundo encendió todas mis alertas.

Toni Garrido compartió con Pepa Bueno muchos años el espacio de Hoy por Hoy. Cada día, a las 10 de la mañana, ella le daba el relevo y él continuaba un tramo de dos horas más ‘magacinerero’. Para el recuerdo de la SER y de sus oyentes quedará siempre la frase con la que Garrido concluyó su saludo en antena el día que se sentó por primera vez al frente del

programa. Casi una epopeya radiofónica que recorría los mejores momentos que se habían producido en antena donde destacaba, por lo emotivo, el momento en que se contó en directo, con la voz entrecortada del locutor, la muerte del director de Hora 25, Carlos Llamas. Garrido acabó aquel primer saludo con un: “Esto es la radio. Todo lo demás, o ruido, o silencio”.

La directora de Hora 25 está convencida de que hay que recuperar el silencio en la radio, sobre todo en las respuestas. En política, especialmente, los silencios son reveladores y dicen más que mil contestaciones que rezuman a perorata de argumentario.

El silencio es vital por los quince segundos que tarda en responder un político, o por los quince segundos que necesita el oyente para asimilar un testimonio demoledor, de los que rasga las costuras del estómago al escucharlo.

Aunque Pepa reconoce que le cuesta emocionarse en antena porque tiene “desgraciadamente muy desentrenado ese músculo” -ya saben aquello de los francotiradores y del prime time en la cadena pública-, recuerda a la perfección lo que sucedió durante el confinamiento junto al periodista de Infolibre y analista político Jesús Maraña tras la llamada de una enfermera en directo.

“Llamó una enfermera, ella ayudaba a morir a la gente. Contaba cómo les ayudaba a hacerlo y decía en la radio que no se morían solos porque ella les cogía de la mano. Decía aquello para tranquilizar a todos los familiares que estaban escuchando la radio. Fueron palabras que tenían que caer a cámara lenta y había que dejar que llegasen al suelo. Había que darles su tiempo, su silencio, no ensuciarlas con más palabras. Eso es lo que hay que recuperar”.

— ¿Tú sigues pasando miedo en antena?

— Dos segundos antes de que se encienda el piloto pienso en quién me ha metido en esto. Cuando no pase ese miedo tendré que preocuparme.

— Y a ti, ¿qué te emociona, Pepa?

— A mi me emociona la autenticidad.

Entonces, como si de una performance preparada se tratase, justo en el instante en que Pepa termina de pronunciar la última sílaba, un hombre se detiene junto a nosotros, le mira y le pregunta:

— ¿Es usted Pepa Bueno?

— Sí, caballero, soy yo, responde ella con una sonrisa.

— Que sepa usted que la escucho todos los días. A usted y a Àngels Barcelò.

— Pues hace usted muy bien en escuchar la radio. ¿De dónde es?

— Soy de la provincia, de Alcalá de los Gazules.

El hombre, de mediana edad y barriga bastante prominente, viste una camiseta del Cádiz C.F.. Su mirada es transparente, como un escaparate diáfano con los cristales impecables. Aun con la mascarilla puesta, sus ojos revelan que es tipo honesto. Vamos, que tenía cara de buena persona.

— Me he alegrado mucho de conocerla, que lo sepa.

— ¡Pues esto es lo que hay, mire usted! Le responde Pepa mientras ríe señalándose el cuerpo de arriba a abajo con las palmas de las manos extendidas.

— Lo que hay es una estrella sentada en una silla, dice él mientras vuelve su gesto serio, como queriendo incidir en la sinceridad de lo que acaba de expresar.

Cuando el hombre termina la frase continúa con su paseo matutino. De paso ligero, alegre e incluso dando algunos pequeños saltitos, seguramente producto de la excitación tras haber podido entablar una conversación con una estrella sentada en una silla.

La performance improvisada continúa. Ahora es otro hombre, este caminando más rápido aún, el que decide darle un consejo desde la lejanía a Pepa Bueno sin llegar siquiera a frenar su carrera.

— ¡Ole, Pepa! ¡Date un ‘paseíto’ por la playa, hija, que te va a dar la vida!

— Ya me lo he dado. ¡Una maravilla!, responde ella en el mismo código, desde la mesa y con una entonación amigable y desenfadada.

Entonces Pepa me mira y, mientras sonrío, decide sentenciar con una frase de las que merece ya no quince segundos de silencio, sino que se convierta en el cierre de la entrevista.

“¿Ves, Manu? Esta es la diferencia. Esto no te pasa cuando eres una estrella de la tele. Esta relación de horizontalidad es activar la emoción. La voz tiene esa capacidad. La radio tiene esa capacidad. Con la radio eres parte de la vida de las personas”.

4. El sonido los recuerdos

La radio es el crujir de la mesita de noche en la que ha reposado toda la vida el transistor de mi abuelo Manolo. Es un olor; el de las tostadas recién hechas en la mañana mientras la voz del locutor retumba en los azulejos. La radio, al fin y al cabo, es historia y, por tanto, son recuerdos. Su sonido es capaz de retrotraerte a un lugar, a un sabor, a una sensación. Casi como un viaje en el tiempo.

Son noches con el aparato bajo la almohada escuchando 'El Pelotazo' mientras el levísimo hilo de voz del Yuyu que dejaban salir los auriculares te adentraba en la séptima ensoñación. Son mañanas de atascos. Viajes a la playa con varios hermanos acurrucados en las piernas de los mayores. La radio es una madre divisando la orilla bajo su sombrilla mientras escucha una radionovela. La radio es Semana Santa. La radio es carnaval. Y si la radio fuera Cádiz, de algún modo u otro, sería Juan Manzorro.

Este vejeriego de figura quijotesca y mejillas clavadas forma parte de la historia de la radiodifusión de esta tierra donde el sol se pone despacito, por si al día siguiente no le dejan volver a salir por la playa de Cortadura.

Me he citado con él en el Parador Atlántico, un lujoso hotel que ha visto pasar por sus habitaciones muchos de los artistas que han pisado, con mayor o menor éxito, las tablas del Gran Teatro Falla. Esas que Juan ha visto decenas de veces. Cuando llegué a Cádiz, siendo aún un becario imberbe (más aún de lo que soy ahora), él fue de los primeros que me miró acoguéndome, dándome la bienvenida, interesándose por mí. Pronto aprecié lo mucho que se le quiere y, con el paso de los meses, entendí a la perfección por qué. Manzorro es Manzorro. Y a Manzorro no se le puede no querer.

Han pasado unos minutos de las cinco de la tarde, la hora de nuestra cita. Lo primero que veo al levantar la mirada es a Juan caminando hacia mi posición, con la playa de La Caleta de fondo y su bufanda, levemente anudada al cuello, dejando una estela a su espalda por culpa del poniente que se ha levantado hace unas horas.

Toda su gestualidad revela que tras esa apariencia espijada, discreta y simple, se esconde exactamente eso: un tipo de aspiraciones terrenales, de excelentes modales, humilde y honesto. Hasta en su manera de detenerse ante mí, colocándose a mi lado e invitándome a acompañarle caminando por la acera con la palma de su mano en mi espalda demuestra su manera de ser.

“Empecé en la radio en 1986. O sea, para tres o cuatro meses” responde con ironía Juan cuando le pregunto por sus inicios. Su figura está intensamente asociada a dos materias: el Carnaval de Cádiz y la Semana Santa. Dos asuntos que intercala con los informativos provinciales.

Su relación con la radio arrancó en la emisora municipal de Cádiz, “haciendo carnaval, Semana Santa y algo de deporte”. Dice Juan que tiró “por esa vía” y que se siente feliz por todo este tiempo de trabajo con empeño y constancia.

Y es que Manzorro encarna a la perfección ese tipo de periodista de provincias, apasionado de su trabajo y de contar las cosas de su tierra. Este ha sido el principal motivo por el que he elegido sentarme a hablar con él sobre la radio y las emociones.

“Trabajamos en un medio que su principal valor es la proximidad, la cercanía. Ahí estriba gran parte de su encanto, junto con el hecho de que puedes escuchar mientras haces otras tareas”, asegura.

Aunque ahora trabaja mucho más en la televisión, para él la radio ha sido y es “una novia de 25 años que es difícil de olvidar de un día para otro”. Por eso dice que cuando le llaman para alguna unidad móvil o para alguna transmisión de carnaval acude encantado y sin pensarlo un solo segundo.

— ¿Por qué crees que la radio emociona tanto, Juan? ¿Dónde está la clave?

— Seguramente porque forma parte de nuestra vida, porque es una compañera inseparable y porque tiene una conjunción de situaciones que emocionan, que divierten. Los testimonios, la descripción de los hechos, la música... Todo hace que te identifiques con ese medio.

Esa identificación con el medio se convierte en casi un sentimiento de pertenencia cuando hablamos de la radio local. La proximidad del oyente con los temas de los que habla acentúa las emociones y la forma en que la radio se escucha y se siente. No es lo mismo que un gaditano escuche hablar del un altercado en Plaza Catalunya a que ese incidente haya sucedido en la Plaza de Mina.

Hacer información cercana, apunta Juan, “es más complicado que hablar del Ministerio de Defensa. En Madrid, las grandes estrellas del medio y sus equipos no es que lo tengan más fácil, pero sí es menos complicado darle en los tobillos a un ministro que al concejal de tu pueblo”.

En el momento en que tenemos esta conversación, la última cobertura que ha realizado ha sido la de la manifestación de los hosteleros gaditanos. Juan la describe así:

“Me llenó tanto verme con mi inalámbrico en la avenida, Manu. Contando lo que estaba pasando, la incertidumbre, las preocupaciones, los miedos, temores y deseos de seguir trabajando de ese colectivo fundamental en nuestra vida... Me satisface tanto contarle a Andalucía lo que pasaba en Cádiz en ese momento que me sentía muy bien”.

Esta es la radio local. La que sigue pisando la calle, la que sigue pulsando su ambiente mirando a los ojos a los protagonistas. La radio que la gente ve representada en un locutor, de pie, frente a la pancarta paseando junto a los manifestantes. Y eso, en antena, se nota. Eso hace que la emisión sea distinta a cuando se hace desde un estudio con una conexión telefónica.

Aunque Juan Manzorro ha desarrollado toda su carrera profesional en un medio público como es Canal Sur, donde se pone menos acento en la crítica y en la opinión, reconoce que ha tenido dificultades.

“Tuve dos amenazas de querrela, una por el mundo del carnaval y otra por la Semana Santa. En carnaval fue porque hice referencia a un local de una agrupación, diciendo que merecía uno más digno. Con la Semana Santa fue porque en una ocasión contamos que unas monjas habían cantado a un paso cuando el cortejo pasaba por delante de donde ellas impartían clase. Las hermanas ese día no estuvieron especialmente inspiradas y nosotros le pusimos un poco de humor al asunto (ríe). Unos señores se enfadaron mucho y dijeron que se iban a querellar”.

Es algo que va en el sueldo del periodista, apunta el vejeriego, al tiempo que subraya que es más fácil hablar de cómo han cantado unas monjas oblatas de Valladolid antes que hacerlo en tu entorno más próximo.

Sucedde, además, que el carnaval y la Semana Santa son dos temáticas donde las vísceras tienen especial protagonismo en su día a día y en el universo que les rodea. Y de eso Juan sabe un rato. Durante más de tres décadas lleva narrando carnaval desde un palco del Gran Teatro Falla y se ha pateado todos los adoquines de las estrechas calles de la capital gaditana haciendo lo propio con la semana de gloria.

El redactor local está más expuesto y más sometido a juicios populares y, sobre todo, si en Cádiz se habla de carnaval o Semana Santa. Una presión añadida que convierte al profesional en alguien que rápidamente toma conciencia de lo que hace, de su impacto en la ciudad y de la emociones que provoca su relato.

— ¿Dónde está el límite entre describir la emoción del carnaval y la Semana Santa o caer en el ‘ojanismo’?

— El carnaval es un mundo tan complicado, que su gente tiene todo mi respeto y consideración. Eso, que vaya por delante. En cuanto a mí, pues tengo unas luchas internas a la hora de contarlo, pero no soy especialmente leñero. En carnaval cultivo más la información que la opinión. Aun así, siempre nos dicen que no nos mojamos.

Esto último que cuenta es otra de las señales de que la radio local impacta de manera totalmente directa en el cerebro del vecino, que es oyente. Los ciudadanos escuchan con especial atención lo que les toca muy de cerca, con lo que ello conlleva. Además, algunos de

ellos no necesitan recorrer más de dos calles para poder reprochárselo o agradecerse al periodista.

Otro de los valores de la radio que representa Juan Manzorro es el marcado carácter histórico que acumula entre la sociedad, otro de los motivos por los que le pedí, hace una semana, que se sentase conmigo.

El olor a historia que desprende la radio, que ha sido testigo impertérrito durante décadas, hace que su sonido se grabe a fuego en la memoria de quienes la siguen escuchando. En el caso de Radio Cádiz, ha sido la emisora que, por excelencia, ha acercado el carnaval a los gaditanos. Ese sonido sigue retrotrayendo al oyente a su infancia, a cuando aprendía a llevar el ritmo del pasodoble con los nudillos en la mesa del salón, a los cassettes de carnaval que grabó su padre y a entonar los popurrís como se hace en el barrio de La Viña. Ese es otro de los vínculos de la radio y la emoción: la historia.

“La radio cuenta de forma inmediata lo que pasa en ese momento. En una ocasión me hablaron de una frase atribuida al Matias Prats abuelo, y es que donde había una cabina de teléfono había una emisora”, apunta Juan.

La inmediatez, unida a la cercanía de la emisión y de su contenido hacen de la radio local un elemento fundamental en la vida de quien la escucha y, por tanto, influye de manera directa en sus emociones. Los hitos y fracasos de su ciudad han sido narrados por las ondas, y eso le otorga a la emisora “una clave importante en nuestro medio: la autenticidad”, asevera Juan.

Autenticidad que, según Manzorro, no se puede comprender sin la credibilidad. Y es que se trata de un tipo de radio hecha por alguien de plena confianza: el locutor que se dedica a la información de tu pueblo o tu ciudad.

Al final, ese locutor se convierte en parte propia de la ciudad, en una calle más, en otro elemento característico de la misma. Y eso le ha sucedido a Juan Manzorro. Además, en su caso, los gaditanos le guardan especial cariño por su manera de ser - aunque seguro que ha influido un poco que no le guste demasiado darle en las espinillas a los carnavaleros-.

Dejando a un lado la ironía, Juan pudo sentir ese cariño de su pueblo cuando, después de que le detectasen un cáncer que ahora ha vuelto tras conseguir recuperarse una primera vez, en las tablas del Falla sonó su nombre. A eso se refiere sin dudarle cuando le pregunto qué es lo más bonito que ha vivido en antena.

“Hace 3 años me operaron de cáncer y recibí tantas toneladas de cariño, de apoyo... que eso me hizo sentirme muy feliz, y fue gracias a mi profesión. Todo ese manantial de cariño es porque llevo más de 30 años contando la vida de Cádiz de forma sencilla, sin divismo. Soy un simple locutor de provincia que es lo que, por otra parte, he querido ser siempre. Que en el escenario del Gran Teatro Falla se cantara mi nombre y se hiciera una copla de mi trayectoria profesional, créeme que lo digo sin vanidad, fue muy hermoso y en un momento muy difícil”.

Como todo tiene su parte buena y su parte mala, junto a reconocimientos como ese que le brindaron en el templo de los ladrillos ‘coloraos’, Juan también ha vivido momentos tan embarazosos como son los gazapos de la radio.

— Hace unos años una agrupación canto un cuplé en el que hablaban de la virgen Macarena. Levantó mucha controversia porque decían de la virgen que usaba ‘wonderbra’. Estábamos en el carrusel de coros para toda Andalucía y empezamos a marear la perdiz, porque los coros no llegaban... Entonces salió el cuplé en cuestión”.

— ¿Y qué dijiste? Le pregunto mientras aguanto la risa.

— Pues entonces tercié yo y dije: “Qué duda cabe que... el cuplé ha levantado...”. Efectivamente, Manu, no dije que había levantado ampollas, sino exactamente lo que tú estás pensando.

Ambos reímos echándonos las manos a la cabeza y, a continuación, como a toda anécdota que se precie, Juan le pone la puntilla.

— Se hizo un silencio espeso en antena y seguimos hablando como si no hubiera pasado nada... aunque lo recuerdo con sudores fríos. Además es que lo dije con plena nitidez: “qué duda cabe que es un cuplé que ha levantado pollas”. Y me quedé tan fresco.

Juan ríe mientras repasa la comisura de sus labios con los dedos. Es en ese momento cuando decido concluir la deliciosa charla, paradójicamente, con la primera pregunta que plasmé en el cuaderno cuando me puse a preparar su entrevista.

— Juan, y para ti, ¿qué es la radio?

— Es la fábrica de mis sueños de juventud. Mi novia profesional eterna. La que despertó en mí ilusiones y la que me sigue dando el privilegio de darle vida. Eso es una grandísima suerte.

Así es Juan Manzorro. Lo opuesto a la vanidad, a la pedantía y al periodista aburrido por el paso de los años. Locutor de provincia, de la de Cádiz concretamente. Él ha contado sus luces y sus sombras y ha regalado emociones de todo tipo a oyentes de toda clase y condición. Desde monjas cantarinas hasta al trabajador de astilleros que temió por su futuro cuando escuchó en la radio que dismantelarían su factoría.

La radio de Cádiz es Juan Manzorro. Su línea discreta, de rigor, credibilidad y pasión le ha convertido en una figura más de la compleja idiosincrasia gaditana. No ha levantado muchas ampollas, pero entre levantás y cantos al levante en el Falla, Juan se sigue levantando cada día para contar, a su gente, las cosas de su tierra. Así de simple. Así de imprescindible.

5. El despertador de las emociones

Pedro Espinosa lleva cerca de 20 años contando las cosas de Cádiz con una antena limpia, rigurosa y, sobre todo, creativa. Quienes le conocen o han trabajado con él destacan esa virtud por encima de las demás, y dentro de esa creatividad Pedro tiene una capacidad para emocionar con las palabras que nunca he visto a ningún otro periodista.

A las 10:30 de la mañana de un martes ambos nos sentamos en uno de los estudios de la emisora. Paradójicamente, mientras estamos rodeados de micrófonos, grabo la conversación con mi teléfono móvil. Se me haría muy raro entrevistar a un compañero a través del micrófono. Además quiero que sea una charla informal, una conversación en la que, como en el resto de las que figuran en este trabajo, me sirva para intentar que algo de su talento cale en mí.

Es jefe de informativos de Radio Cádiz y hace menos de un año ganó el premio Cádiz de Periodismo que concede la Asociación de la Prensa gaditana. Se lo llevó gracias a un programa dedicado a un puente. Ciertamente se trataba del mítico Puente Carranza, como también se conmemoraban 50 años desde su inauguración, pero ganó el premio de periodismo más prestigioso de la ciudad gracias a un programa dedicado a un puente. A un ‘jodido’ puente, que diría Al Pacino. Para muestra de su creatividad, un botón.

Él conoce bien la emoción en sus muchos registros. Es periodista especializado en cultura y, por ende, un apasionado de las emociones. Emociones que también tienen cabida en un informativo y que incluso llegan a condicionarlo, asegura.

“Todo pasa por un filtro emocional, tanto a la hora de elegir con qué noticia abres o a cuál le das más importancia. Es fundamental aportar y que la emoción de afecte. Ahora que estamos en plena pandemia, la emoción marca que tengo que abrir con una noticia positiva para cambiar el ánimo de las personas, o al contrario, abrir con algo grave para que la gente se conciente de la importancia de lo que está ocurriendo”.

La emoción, según Espinosa, debe calar en el redactor de una forma contenida y compatible con el rigor de la información, pues es un pulsómetro muy certero de lo que siente el oyente. La emoción es el vínculo del locutor con quien escucha la emisora y es una de las principales referencias que debe tener el periodista para no desligarse del sentir de la sociedad.

Ello conlleva un ejercicio muy fino de objetividad y sosiego, porque “el equilibrio entre informar, alegrar a la gente y no alarmar es muy difícil”. Se ha visto, apunta, en el tratamiento de los datos de la pandemia. Durante más de año y medio la emisora ha informado, de manera diaria, de las estadísticas de coronavirus que reportaba la Junta de Andalucía a través de la Consejería de Salud.

Cifras, números, que tienen detrás rostros y nombres y que han exigido, según me cuenta, un especial tratamiento y cuidado para no atravesar ni la línea del alarmismo ni la de la excesiva suavidad.

— ¿Qué tiene para ti de especial la radio, Pedro?

— La radio es ese medio que te acompaña siempre, no necesitas hacer nada más que escuchar. Es un acompañante.

Y como acompañante, sostiene, en el tono en que le hables a quien te escucha en la radio o las informaciones que aportes creas una conciencia sobre lo que está ocurriendo. Es decir, la radio impacta de manera directa en lo primero que se piensa al abrir los ojos, provoca el primer enfado del día o saca la primera de las sonrisas.

Normalmente la radio es el primer acceso a la información que tienen muchas personas en su día y, generalmente, eso sucede yendo a trabajar. Otro de los estrechos lazos entre este medio y la emoción es la capacidad que tiene para adentrarse en lo más profundo del sentimiento del oyente, tocar en su conciencia, impactar en su manera de pensar o de razonar sobre cualquier cuestión.

Dice Pedro que eso es porque la radio es “el medio que más verdad tiene, porque es el que menos necesita: solo necesita de la palabra. Y todo lo que suena tiende a parecer más verdad, porque es lo que está ocurriendo. Es como si abres la ventana y ves lo que está pasando”.

El escenario de pandemia en el que aún estamos sumidos nos ha hecho valorar pequeñas cosas y hemos vivido, sobre todo en la primera parte de confinamiento domiciliario, momentos muy emotivos que antes habrían sido insultantemente normales. “Una persona cantando desde el balcón, una carta de una nieta al abuelo... cosas que nunca pensamos que fuesen a ser noticia como que abriera una pescaría en plena crisis del covid y que se lo contásemos a Àngels Barceló”.

Y eso que hemos empezado hablando de la pura información. De las noticias de los informativos que, presumiblemente, están libres de manipulación y son leales con la verdad. Si hablamos de cultura, que es prácticamente un sinónimo de emociones, la radio ocupa un lugar privilegiado.

Espinosa sabe mucho de cultura. De escritores, de actores, de bailaores y de poetas. De cantantes que acaban de empezar a soñar con que su canción suene en la radio.

— ¿Y la música, Pedro? ¿Qué papel crees que juega en la relación entre la radio y las emociones?

— La radio es música. La música en antena es fundamental. Una música por las mañanas te puede cambiar el estado de ánimo que tenías. Te alegra, te entristece, te hace recordar... debe ser y es una parte esencial. Una canción puede incluso trasladarnos a otra época. Hacernos viajar en el tiempo mientras escuchas la radio.

De la cultura han venido grandes momentos de la historia del mundo. Fallecimientos, conciertos antológicos, éxitos, libros o pinturas. Todo se ha contado en la radio, que ha logrado, con éxito, transmitir ese conocimiento y, sobre todo, la emoción de cada una de esas obras. Para eso, señala el periodista, el don del profesional debe ser “describir lo suficientemente bien algo como para que el oyente se haga una idea lo más fidedignamente

posible, pero siempre sin que el protagonismo de la crónica sea el periodista, sino el contenido”.

La radio fija, con el calor incandescente de sus ondas, determinados momentos en la vida de las personas. Pedro recuerda con mucho cariño algunos de esos momentos de los que ha sido testigo y que se van a quedar para la historia. Escucharlos en la radio los hace más especiales. Te hace fijar el punto, el día y dónde estabas cuando lo escuchaste. Y esa es otra muestra más de la capacidad de penetración de la radio en el cerebro del oyente.

Pedro ha estado durante varios años en las retransmisiones de Radio Cádiz durante el Concurso Oficial de Agrupaciones Carnavalescas, el COAC. “Es uno de los géneros de radio más difíciles del mundo”, expresa. Ahora la televisión ha desplazado ligeramente la atención del público en la radio durante el carnaval, pero él recuerda que la gente se aficionó al concurso, cuando todavía no existía la tele, gracias a la radio.

El medio cumplió un papel fundamental para llevar hasta las casas de los gaditanos desde el Gran Teatro Falla. El carnaval es “pura emoción”. Desde las agrupaciones cantando hasta los pasodobles que llegan al oyente. Por eso su retransmisión debe reflejar ese ambiente en el que cualquier cosa puede pasar. Desde una copla que queda sellada en la historia hasta una pelea que se recordará para los restos.

“Vivi el momento en que se pelearon las agrupaciones de Los Ángeles Caídos, de Juan Carlos Aragón y La Revolución, de Martínez Ares. Se cantaron una copla dedicada a una persona que había muerto, hubo enfrentamiento... nadie se lo esperaba”. Pedro también guarda en su estantería de recuerdos imborrables cuando fue testigo de la despedida de Antonio Martín. “En el carnaval cada momento es histórico, ahí sí que se vive la emoción, porque en sí es pura emoción. Todos los momentos que se viven”.

De ahí que una noche de carnaval en la radio requiera de una destreza superior para acompañar a lo que acontece, siendo capaz de trasladar con tu voz, con tus explicaciones, tus descripciones e informaciones adicionales la emoción del teatro.

— Y tú, ¿te has emocionado alguna vez en antena?

— Yo viví un momento verdaderamente triste, que fue cuando murió un chico en el Campo de las Balas, tras un derrumbe que hubo en un aparcamiento. Acababan de comunicar la muerte del chaval, lo tuve que dar en directo y la familia allí. También recuerdo con mucha emoción todo lo que se vivió con la patera de Rota. Cómo fueron apareciendo todos los cadáveres de los inmigrantes. Después se demostró que se podría haber hecho más por salvarles.

Cuando suceden estas historias, la radio les otorga un plus de epicidad, de dramatismo, de tristeza o de desazón. La radio acentúa las emociones con la voz del locutor o, en el caso de estas dos noticias que cuenta Espinosa, con el sonido ambiente, el saber que el periodista está allí en el lugar. Se acelera el corazón, se fija la atención a los detalles que está describiendo. Es algo que no sucede con la televisión, donde se emplea el recurso de la imagen que, en muchas ocasiones, opaca la narración del presentador. En la radio no hay imágenes, todo procede de nuestra representación mental.

Ante tal nivel de impacto de la radio, contar historias se convierte casi en obligatorio para un periodista. Historias que calen en las personas. “Al final la gente quiere escuchar historias que le afecten, le preocupen o puedan ayudarle. La gente se ha cansado un poco. Se sigue demandando la pelea política y siempre hay gran expectación en torno a ella, pero no como constructora de algo que nos permita salir de esta, sino como un nido de radicalidad desde cada posición, donde el acuerdo está mal visto y es imposible que alguien sea coherente. Eso cansa muchísimo, por eso tendemos a encontrar esas historias que aporten algo más, y la radio es muy buena en eso”.

Llevo queriendo hacerle a Pedro esta pregunta prácticamente desde que empecé a trabajar con él. Necesito saber cómo define él la radio. El lugar, el medio y el modo de vida que desarrolla desde que entró en el año 2.000 como becario en Radio Cádiz.

“La radio es como esos amigos que tienes, que sabes que los tienes y que los puedes llamar cuando quieras y te van a responder. No siempre te van a decir lo que quieres escuchar, pero sí sabes que puedes contar con ellos. Esa función de la radio es lo más bonito que tiene. Es un

medio útil para informarte, entretenerte, hacerte olvidar. Como ese amigo con el que sales de copas para escaparte un poco, pero que también te permite construir algo”.

6. La voz de los gaditanos

De Mágico González decían que acudía a la mayoría de entrenamientos sin haber apenas dormido. También decían que cuando los responsables del Cádiz Club de Fútbol le llamaban a casa y no lograban localizarle, en muchas ocasiones, estaba con Camarón, en San Fernando, acompañados por Pepe El Manteca, propietario de la mítica taberna del barrio de La Viña.

El hondureño es una leyenda del submarino amarillo. Más que eso. Mágico González es el Cádiz. Sus goles han levantado del asiento a centenares de miles de gaditanos que se han desgañitado bendiciendo al genio.

En Cádiz, el fútbol trasciende más allá del deporte, del espectáculo e incluso del negocio. En Cádiz, el fútbol es parte de la vida. Tan parte de la vida como su carnaval.

En estos dos amores eternos que tienen la ciudad y su gente, la radio ha sido testigo y narradora. En gran medida, ha contribuido en ese hermanamiento de una forma fiel, sincera e intensa. Cádiz es más que fútbol y carnaval, pero sin ellos, Cádiz sería mucho menos. La radio ha sido el asiento en el Ramón de Carranza que la familia no se podía permitir. Ha sido la butaca del Gran Teatro Falla para quienes no lograron entrada para ver la final del COAC. Ha sido, y es, la conexión entre los gaditanos y parte de su idiosincrasia.

Es por eso que el género deportivo y carnavalesco en antena bien merece un análisis y una reflexión desde el prisma de la emoción, tanto a la hora de contarle como a la de recibirlo por el transistor. Tanto desde el papel del locutor como desde el del oyente.

Hoy la voz del carnaval y del Cádiz en la SER es Ignacio de la Varga. Siguiendo el testigo de su padre, desde hace más de una década es jefe de deportes y quien dirige las retransmisiones del Concurso Oficial de Agrupaciones Carnavalescas. Un tipo parco en palabras, de carácter agrio en ocasiones. Peculiaridades que desaparecen cuando está en antena, donde se transforma.

— ¿Qué papel juega la emoción en tu trabajo diario y cuando narras carnaval?

— En el fútbol, muchísimo. El fútbol es en sí emoción, es sentimiento a flor de piel. El fútbol sin emoción no es nada. De hecho creo que manda tanto y es tan preponderante en la sociedad porque es casi todo emoción. Si se la quitas, se queda en la mitad de la mitad.

A la luz del marcado peso que tiene la emoción en este deporte, las retransmisiones de radio futbolísticas requieren una técnica y un estilo muy peculiares. “Hay que tener en cuenta, además, que un aficionado normal no ve un partido que no le emocione”, apunta Ignacio, añadiendo otra dificultad más al género, y es que todo lo que se diga se revisa más al detalle que en otras disciplinas, pues toca directamente la sensibilidad del oyente.

Por eso, asegura, una narración siempre tiene que tener emoción además de “rapidez, hacer un mínimo de teatro, jugar con las frases, con la entonación y darle ritmo”. Y es que narrar un partido de una manera o de otra puede modificar radicalmente cómo perciba el oyente el encuentro, e incluso que le resulte divertido o un ‘muermo’ el juego.

“Estilos hay muchos. El de Barcelona no narra igual que el de Madrid, como el de Sevilla no lo hace de la misma forma que el de Valladolid. Está el que narra con la emoción, el chascarrillo, la broma y la crítica punzante, y el que lo hace en una constante hipérbole. En el término medio está la virtud”, afirma De la Varga cuando le pregunto por los estilos actuales de narración.

No existe un único criterio precisamente porque, al tratarse de una materia con una gran carga de emotividad, hay una parte muy importante de creatividad y originalidad en la narración. Aunque no es lo único que debe tener, puesto que, según el periodista gaditano, “a veces se corre el riesgo de narrar solo desde la emoción y para el que lo está viendo mientras por la tele. El narrador lo debe narrar para el que lo escucha por la radio”.

Esto es, en la emoción y la intensidad visceral de un partido no se debe dejar de lado la descripción y tampoco perder la referencia de que el oyente, sumido en una suerte de éxtasis escuchando cómo juega su equipo, sea capaz de hacer una imagen mental todo lo fidedigna posible.

Por tanto, el fútbol en la radio, aun tratándose de un género menos encorsetado que un informativo y en el que tienen cabida las emociones, debe tener la referencia en la descripción y en la objetividad del locutor. Lo cuenta así Ignacio, que narra el Cádiz para toda España en el Carrusel Deportivo.

“Sobre el forofismo y la emoción, debo decirte que muchas veces me sucede en la retransmisión, aunque era sobre todo al principio. Yo narro para el Carrusel Deportivo, y lo hago con partidos en los que el Cádiz se enfrenta a equipos de toda España mientras me escuchan oyentes de toda España, así que debo poner la misma intensidad en ambos conjuntos. Yo quiero que gane el Cádiz, evidentemente, pero cantaré igual un gol del Cádiz que uno del Fuenlabrada, porque igual que narro para el gaditano, también lo hago para el madrileño, el gallego o el valenciano. Hay que apelar a la emoción, pero nunca dejarse llevar por el sentimiento”.

— ¿Cuál es el momento más emocionante que has vivido en la radio?

— El ascenso del Cádiz a segunda división en Alicante. Veníamos de siete años de Segunda B, fracaso tras fracaso. Era mi primer año como responsable de deportes aquí, salíamos del pozo, había pasado todo el año con el equipo y tenía mucha relación con los jugadores... por muchas cosas es el momento más emocionante.

Cuenta Ignacio que, por aquel entonces, el partido se veía por televisión pero solo en Cádiz capital. En el resto de la provincia no podía verse, con lo que escucharon muchísimas más personas que de costumbre.

Por desgracia, con la llegada de los grandes paquetes televisivos de pago, la radio ha perdido terreno en el género de la narración futbolística. Un desplazamiento que ha llevado a muchos profesionales, asegura, a caer en el sensacionalismo en antena y en la excesiva apelación a lo emotivo, dejando a un lado la objetividad y la mínima imparcialidad que debe tener el periodista. El temido periodismo de bufanda.

— ¿Una noche en el Falla o una narración en el Carranza?

— Depende de qué noche en el Falla y qué narración en el Carranza.

Ignacio no es capaz de decidirse entre uno u otro. Para él sería como elegir ‘entre mamá y papá’. Lleva tan en su ADN -como tantos gaditanos- estas dos expresiones de la cultura local que le resulta imposible.

Él ha pasado muchas noches sentado en el palco del Gran Teatro Falla, micrófono en mano y viendo cómo agrupaciones de todo tipo y condición se subían a las tablas del teatro a cantar su repertorio. Algunas -muchas- con escaso estilo y calidad. Otras -las menos- auténticas obras de arte que hilan conceptos, palabras, imágenes y música de una manera única en el mundo.

Esta dualidad, unida a la espontaneidad del público, hacen de las noches de carnaval uno de los géneros radiofónicos más difíciles de todo el espectro. El equipo de la SER narra todas y cada una de las noches del concurso. Desde las interminables funciones de la fase preliminar hasta la gran final.

Es interesante destacar que la llegada de la televisión obligó a transformar las transmisiones de radio en carnaval, que históricamente han supuesto un filón económico para las emisoras. Desde que el concurso empezó a verse desde casa ha perdido valor en la radio, que ha sido, durante décadas, la única forma en la que el pueblo podía escuchar las coplas y grabarlas en cassettes que algunos siguen guardando con empeño.

Había que despertar un nuevo interés en el oyente, con lo que las narraciones se enriquecieron optando por registros algo más alejados de lo emotivo y aproximándose más a la información, por ejemplo. Es algo que, sobre todo, se aprecia en la fase preliminar del concurso.

“En las preliminares no hay emoción. Normalmente se bromea o se hacen chascarrillos. En el fútbol sí se puede dar un tono emocionante y que el oyente piense que está escuchando un partidazo, pero en el Falla lo que se canta lo escucha ese oyente, que sabe que está siendo muy malo. Tú tienes que entretener. Buscas otros puntos de apoyo para hacer una retransmisión rica e incluso te lleva a hablar de otras cosas que no están pasando en ese momento en las tablas como recordar alguna historia antigua”.

Es en la fase final y, sobre todo, en la ‘finalísima’, donde el carnaval alcanza su máxima expresión, su clímax y, por ende, el momento de mayor emoción. Es entonces cuando el oyente evalúa la retransmisión de forma casi visceral. “Lo que canta la agrupación te transmite, o no te transmite. Tú se lo llevas al oyente, que realmente está escuchando lo mismo que tú. Y se está emocionando, o no, a la vez que tú. Y luego ya depende de dónde tenga cada uno la emoción. Para ti puede ser muy emocionante un piropo a Cádiz y otro puede pensar “otro piropo a cadiz””.

— ¿Cómo afecta en la retransmisión que el oyente de carnaval ya no sea solo el de ‘Cadi-Cadi’ sino un público completamente globalizado?

— La retransmisión ha cambiado mucho. No es que ahora tengamos que explicar las cosas, porque la seguimos haciendo para gente que le gusta el carnaval, pero sí que hemos ampliado muchísimo lo que ofrecemos.

Entre la llegada de la televisión y la expansión del carnaval, las emisoras han buscado complementar su oferta con videos, entrevistas exclusivas y reportajes. Entre todos ellos, además de permitir al oyente adentrarse más en la fiesta, hay un denominador común: todos los contenidos tienen una profunda carga emocional, ahora entendiendo emocional como algo estrictamente bonito y emotivo.

— Y la crítica, ¿qué protagonismo debe tener en la retransmisión de algo que provoca sensibilidades tan diferentes?

— Los demás son menos críticos. Nosotros sí lo somos. A veces nos critican por pasarnos con esa crítica, pero no lo hacemos para hacer daño sino de manera objetiva. Además, para que no desentone con el modo en que el oyente se pone a escuchar carnaval, lo hacemos con gracia y sarna la mayoría de las veces.

Ignacio dedica su día a día a moverse entre las emociones de dos tótems gaditanos como son el futbol y el carnaval, pero sin perder la referencia de la objetividad. Su definición de la radio y su explicación de por qué emociona se entiende mucho mejor ahora que he hablado con él.

“La radio emociona tanto porque pertenece al día a día de la gente. Ahora ha cambiado mucho con las redes sociales, pero la radio es compañía. La radio forma e informa. Entretiene. Te trae las gestas de tus deportistas, te las cuenta con un estilo de la radio inconfundible. Sabes que hay un ataque de tu equipo y esperas que marque. Esperas el golpe de bombo de tu agrupación favorita en la final del carnaval. La radio te lleva en volandas, te ensimisma”.

7. El eco de las gaviotas

Cuando Sandra Doval (San Fernando, 1995) cruzó las puertas del ayuntamiento de su ciudad para conocer a la alcaldesa, Patricia Cavada, se percató de la dimensión de aquel encuentro que se había ganado por su brillantez académica, acentuada más aún por su enorme juventud. Inmersa en su doctorado de neurociencia cognitiva, Sandra, que es psicóloga, departió durante varios minutos con la regidora sobre proyectos y ciencia. “Una experiencia increíble”, me cuenta al inicio de la llamada.

Al contrario que con el resto de entrevistados, he decidido hablar con Sandra por teléfono desde los estudios de la radio en lugar de hacerlo de forma presencial. Establecemos la conexión desde el estudio central de Radio Cádiz. Tiene una amplia ventana doble por la que entra el sonido lejano de las gaviotas, el olor del salitre, el ruido de las olas cuando el mar está bravo y también el chinchín de las copas de los clientes que comen en el chiringuito que hay justo debajo.

Con ella hablaré del sonido, de la música, de la radio y de la relación que tiene con los estímulos y reacciones en el cerebro. Por eso quería que, mientras dialogase conmigo desde su habitación en ese Madrid seco y gris, los sonidos de su tierra le ayudasen a volver a casa aunque solo fuese por unos minutos.

Conoce bien el cerebro. O al menos lo que conocemos de él. Trabaja en un campo novedoso y enriquecedor, dice, profundizando en los análisis de electrofisiología cerebral. Le apasiona, es inquieta y la investigación se ha convertido casi en una necesidad, en el vaso de agua fresca que sacia su sed de respuestas sobre el órgano más complejo que albergamos en nuestro interior.

Dice que siempre la ha gustado la radio, sobre todo la radio musical. Y que la radio le recuerda a sus padres. Para ella la radio son canciones de Raphael y Manzanita. Le pregunto cómo funciona el cerebro cuando escuchamos música, por ejemplo, en la radio.

“Cada persona reaccionará de una manera diferente cuando escuche una canción. Con la música, el cerebro libera una sustancia, un neurotransmisor que se llama dopamina, encargada de la recompensa y el placer. Cuando entran ‘inputs’ auditivos se generan sensaciones de placer en nuestro cuerpo, y eso se conecta directamente con las emociones”.

Con esa simpleza, Sandra me aporta una de las respuestas que llevaba tiempo buscando. ¿Por qué cuando escucho en la radio la voz del locutor y, a continuación una canción, me emociona tanto? La música, tal y como explica, activa como un resorte las emociones en nuestro cerebro sobreestimulando los circuitos dopaminésicos.

— ¿Y con la voz puede pasar lo mismo?

— Sí. Un locutor, con su voz, es capaz de emocionarnos. Tiene que ver con la prosodia del lenguaje.

En apenas cinco minutos ha dado con la segunda de las claves. Sandra Doval explica que la prosodia del lenguaje son las características de una voz, como la armonía, el ritmo y las pausas. Elementos, todos, que dotan de calor a la voz humana y que vinculamos con personas importantes como nuestra familia. ¿Y esto qué tiene que ver con la radio?

Doval señala que “existe una vinculación emocional especialmente intensa cuando habla un locutor, porque la radio, a ser un medio puramente verbal y sonoro, hace que la prosodia cobre aún más importancia, puesto que está exenta de otros estímulos como, por ejemplo, la imagen”.

La isleña encadena una frase tras otra, dejando entrever en sus pausas para respirar que conoce el tema. Y no solo que lo conoce, sino que me la imagino con los ojos brillantes, gesticulando en su habitación y con la vista perdida en el horizonte mientras lo explica.

“Los locutores y narradores son capaces de transmitir el tono que ponen cuando dan una noticia. Cuando cuentan una noticia triste ponen la voz más grave, más seria. Nuestro cerebro conecta muy bien con eso porque está preparado evolutivamente para detectar esas emociones en el lenguaje”.

- Y tú, ¿cómo definirías las emociones?
- Es algo difícil de explicar si no atendemos a lo que hay detrás, a su funcionamiento.
- Entonces, empecemos por ahí. ¿Cómo funcionan las emociones?
- Hay una estructura en el cerebro, que es la amígdala, en el lóbulo temporal, encargada procesar las emociones, sobre todo las negativas y las más intensas. Cuando algo nos despierta una emoción intensa, esa zona se activa.

De entre todas las preguntas que me llevo haciendo desde que empecé a enamorarme de la radio y, posteriormente, a dedicarme profesionalmente a ella, hay una que está encabezando la lista, justo detrás de la que se cuestiona por qué emociona la radio, y es por qué la radio nos permite conectar directamente con recuerdos muy lejanos de nuestro pasado con una concreción y una riqueza de detalles extraordinaria.

La psicóloga, lo explica mencionando de nuevo la amígdala y su conexión con el área de la memoria. Cuando se activa esa zona del lóbulo temporal, las cosas que procesamos a nivel cerebral se graban de manera más intensa y se fortalecen los circuitos de memoria. Es por eso, explica, que si nos preguntan qué comimos el jueves pasado seguramente no lo recordemos, pero si durante aquella comida te llamó tu jefe para ofrecerte un aumento, quede archivado en tu cerebro durante muchos años, incluso para toda la vida.

En este procedimiento de marcado a fuego en la memoria, de nuevo, la radio juega un papel esencial, porque la emoción, asegura Sandra, “puede llegar a guiar nuestra memoria”. Dice que la capacidad del locutor para modular la voz en su discurso transmitiendo una idea hace que sea congruente con un estado emocional que determina el recuerdo de o que ha sucedido.

La congruencia entre lo que cuenta y el tono que da, el hecho de que encajen a la perfección, es recibido por el cerebro que, automáticamente, lo marca como algo que será difícil de olvidar.

La radio acentúa aún más la profundidad del recuerdo, porque requiere de un esfuerzo del oyente para que este, al recibir las vibraciones y el sonido del mensaje, lo procese creando una imagen que, casi siempre, le será más o menos familiar.

“Un locutor transmite un mensaje y tú, como receptor, le pones una imagen, construyéndola desde donde te llegue más. Le pones un rostro, un paisaje, por ejemplo, a la noticia que se está contando. Ese proceso de creación de la estampa y el escenario hace que sea más intenso para ti que cuando te ponen esos elementos visuales delante. En la imagen construida siempre habrá algo de nosotros”.

— Puede ser perfectamente uno de los motivos por los que la radio marca la infancia de las personas, que recuerdan en ocasiones incluso los olores de aquel momento.

— Así es, Manu. Cuando la amígdala se coactiva con los circuitos de memoria, facilita que se active la memoria a largo plazo. La que trasciende a lo largo de la vida. Por eso cuando escuchamos una voz en la radio, o una canción marcada por algo relevante de la vida, el contenido emocional es tan, tan grande, que el proceso puede trascender durante toda la vida. Por eso muchas veces hemos podido ver cómo personas con Alzheimer se emocionan con la voz de sus hijos, o recuerdan a la perfección cómo tocar una canción en el piano. Todo eso lo hace el sonido.

El marcado carácter emocional del sonido y, por tanto de la radio, dota al medio de un plus de veracidad y de credibilidad, algo que puede demostrarse empíricamente al apoyarse en la transparencia del canal por el que se traslada el mensaje, según Sandra Doval, que se muestra crítica con la sobreexplotación de las emociones en la sociedad actual y, sobre todo, en el escenario político.

Afirma que cuando un mensaje logra conectar con una emoción, el receptor de ese mensaje desarrolla una percepción del ambiente muy similar al que quiere dibujar el emisor. Algo que, según Sandra, puede alejarnos de lo fundamental, que es el discurso y su contenido. Las emociones y lo visceral pueden nublar no solo la conciencia sino la capacidad crítica de, por ejemplo, un posible votante.

Por eso ahí, la radio, cuenta con más veracidad, porque no hace uso de las imágenes, no cuenta con los adornos que suele haber alrededor de los discursos. Es un canal, es una dirección y una sola herramienta: la voz. “Por eso se conecta tanto con la radio, porque es dar

un discurso y que te escuchen. En la radio se hace valer la palabra y el mensaje solo y exclusivamente con el sonido”.

8. Conclusiones

Para lograr responder a la pregunta de “¿por qué la radio emociona?”, hemos de partir, antes que nada, desde el plano biológico. ¿Empíricamente podemos demostrar de qué forma la radio cala en nuestra consciencia?. Sandra Doval aporta una interesante respuesta que sirve además como piedra angular de este capítulo de conclusiones.

Y es que la radio requiere de un esfuerzo mutuo, tanto del locutor como del oyente. El profesional trabaja para ofrecer un contenido que el oyente recibe y que debe procesar en su cabeza a través de una serie de imágenes. Son esas imágenes las que, de manera inconsciente, están protagonizadas por rostros familiares, lugares conocidos o experiencias vividas. Es decir, son parte de nosotros.

Es ahí cuando la radio cala en la consciencia y donde empieza una relación de confianza, de ‘quid pro quo’, que Pepa Bueno define como “horizontal”. Un vínculo emocional porque le pides a quien está al otro lado del transistor que imagine, que active una escucha. Eso propicia un escenario donde la emoción aflora en quien escucha. Una horizontalidad que es la puerta de entrada de las emociones en la radio, porque hace que todos los contenidos penetren en la vida directamente.

Otra de las conclusiones principales que he obtenido de la ronda de entrevistas es que la emoción es la herramienta que mantiene al locutor cerca del sentir de la sociedad, la que hace que el profesional de la radio no se aleje del pulso del día a día y evite caer en la insensibilidad para con las cuestiones que conciernen a la ciudadanía.

En este camino por lograr comprender por qué la radio es tan especial y por qué guarda una relación tan estrecha con el plano emocional, Pepa Bueno ha expuesto otro elemento clave que lleva consigo, además, una interesante reflexión.

El actual escenario de polarización política e individualidad cada vez más profunda, hace que la emoción sea la grieta “por la que colarse” para evitar la deshumanización y la completa ausencia de valores. Y ahí, la radio, es la más capacitada para lograrlo, porque según la extremeña es el único medio en el que la emoción ocupa un espacio que no anula a la razón.

Si bien, asegura que no se debe abrir la compuerta a las emociones, porque esto sería renunciar a la racionalidad que ha hecho que nos rijamos por unas normas. La presencia de la emoción es casi obligatoria y es perfectamente compatible con que no manden las vísceras. De esta compatibilidad surgen el resto de ramificaciones, expresiones y formas de emocionarse en antena. Desde narrando un partido, informando de un atentado o radiando una noche del Concurso Oficial de Agrupaciones Carnavalescas.

Por concretar más el ámbito de esta revisión de las emociones en antena, la mayor parte de las entrevistas han estado centradas en el periodismo radiofónico local y, más concretamente, en Cádiz, donde trabajo para la Cadena SER.

El impacto emocional de la radio entre los vecinos de la ciudad en la que emite es significativamente mayor que cuando hablamos de una emisión a nivel nacional. Lo cuenta Juan Manzorro, cuando afirma, con gran acierto, que a un gaditano no le afectará igual un altercado en la Plaza de Catalunya, en Barcelona, que en la Plaza de Mina.

Esa proximidad, tanto con la información como con el propio locutor que la está realizando, acentúa las sensaciones experimentadas por quien escucha la radio. La inmediatez del medio, unida a la cercanía de la emisión y de su contenido hacen de la radio un elemento fundamental en la vida del oyente, influyendo de forma más directa en sus emociones porque les influye en su cotidianidad y sus rutinas.

Las emociones tienen cabida en los informativos. "Todo pasa por un filtro emocional", cuenta Pedro Espinosa, que pone como ejemplo la elección del tema de portada de un matinal. Es precisamente la emoción la que marca con qué información se debe abrir, bien para cambiar el ánimo de las personas, bien para transmitirles que lo que está sucediendo es más grave de lo que creen.

En esa gravedad de los hechos, o en esa apertura protagonizada por una buena noticia, juega un papel crucial la prosodia del lenguaje, como ha explicado Sandra Doval. Un locutor, con su voz, es capaz de emocionarnos. Las características de una voz, como la armonía, el ritmo y las pausas, dotan de calor a la voz humana creando una vinculación emocional especialmente intensa cuando habla. La radio, a ser un medio puramente verbal y sonoro, hace que la

prosodia cobra aún más importancia, puesto que está exenta de otros estímulos como, por ejemplo, la imagen.

Condiciones que favorecen otra de las señas de identidad de la radio: la capacidad para grabar recuerdos en la memoria. Las emociones intervienen directamente en este proceso en el que se activa, según la psicóloga, la amígdala, en el lóbulo temporal, encargada de procesar las emociones, sobre todo las negativas y las más intensas. Cuando algo nos despierta una emoción intensa, esa zona se activa.

Cuando esa zona se activa, las cosas que se procesan se graban de manera más intensa y se fortalecen los circuitos de memoria. Si además de activarse, el locutor está trasladando un discurso coherente entre la información y el tono en el que la ofrece, se marca a fuego en la memoria. La congruencia entre lo que cuenta y el tono que da, el hecho de que encajen a la perfección, poniendo un tono grave en una noticia luctuosa, por ejemplo, es recibido por el cerebro que, automáticamente, lo marca como algo que será difícil de olvidar.

Por eso guardamos recuerdos muy antiguos escuchando un gol en antena, una noticia en la cocina cuando éramos pequeños, o todavía recordamos cómo sonaban aquellas cintas de carnaval grabadas por tu padre.

En este último ámbito, el del carnaval, la emoción es un elemento central que explica por qué la radio ha tenido tanto éxito llevándolo hasta el público. Es una expresión cultural que se vive con enorme intensidad porque, en sí, el carnaval es emoción. Al radiarse, el oyente se fija más en las letras, se detiene a escuchar e imagina el teatro, los tipos de las agrupaciones y el júbilo del público.

La retransmisión de carnaval, precisamente por eso, debe ser algo casi estrictamente descriptivo. Lo cuenta Pedro Espinosa, que la narración debe tener un único objetivo para no captar las emociones: saber transmitir en antena lo inesperado que es el Gran Teatro Falla, donde todo puede pasar.

Algo similar a lo que sucede con la Semana Santa, otra temática donde las vísceras, el sentimiento de pertenencia y la pasión del oyente cofrade condicionan por completo el

espectro emocional que puede provocar una retransmisión. Estas dos materias, junto con el fútbol, requieren del locutor una especial sensibilidad y conocimiento, para saber pisar firme y ser un mero transmisor y descriptor de lo que sucede.

Dicho de otra manera; el carnaval, la Semana Santa y el fútbol son temas que, en sí mismos, están contruidos sobre la emoción, y el profesional de la radio no debe ser quien las moldee a su gusto o en función de sus opiniones, sino quien las canalice para que lleguen al oyente de manera pura, sin aditivos, para que sea él quien dirima qué le gusta, qué le entristece o qué le eriza la piel.

En Cádiz la devoción por su equipo de fútbol es digna de estudio, con lo que el oyente de un partido vive con una intensidad superlativa lo que cuenta la emisora. En ese sentido, el jefe de deportes de la SER en la ciudad gaditana, Ignacio de la Varga, cree que hay que vigilar especialmente que la narración no apele al sentimiento, sino a las emociones y a la descripción, para que no se vea comprometida la objetividad.

A lo largo del ensayo han surgido múltiples reflexiones que también merecen ser destacadas. La más importante, a la luz -nunca mejor dicho- de la situación actual que vivimos, es que las emociones son, ahora mismo, casi la única vía para seguir contando en antena la parte luminosa de la vida.

Esa parte que es mayoritaria en nuestro día a día y que en las escaleras informativas suele ser desplazada a los minutos finales, o a veces ni eso. Es una reflexión de Pepa Bueno, que ha transmitido su cansancio por que los contenidos políticos se hayan apropiado de lo emocional para trasladar sus discursos o vertebrar sus estrategias políticas.

Se apela a lo carnal, a lo visceral y a los instintos más primarios en tesis e ideas simples, de trazo grueso, que golpean de manera certera la parte más emotiva de la ciudadanía. Es por eso que ahora los medios de comunicación son más reticentes a la hora de incluir contenidos donde la emoción sea la protagonista porque “la emoción no se está conduciendo hacia la felicidad, sino que se ha convertido en una mercancía, en un instrumento electoral, tú contra mí. Por eso ha desaparecido la emoción”, lamenta Bueno.

Y es triste. Y provoca desazón y una gran dosis de desesperanza, porque la radio siempre ha sido un lugar para la pausa y ahora, poco a poco, se está contaminando cada vez más de la prisa. Ahí debe estar la emoción, que debe contar con un importante trozo del pastel diario en la parrilla para aportar la pausa necesaria, el detenimiento e incluso el silencio que provoca un testimonio desgarrador.

Si la radio quiere continuar cumpliendo años en pleno funcionamiento no solo debe aprender a reinventarse, a introducirse en otros formatos o a renovar sus plantillas, sino que no debe olvidar que la vida es mucho más que la agenda marcada por la política, el hacer de lo malo noticia o profundizar durante interminables minutos en análisis superficiales. La radio debe seguir pendiente de la vida a través de la emoción. Solo así conservará la proximidad con el oyente. Solo así seguirá sonando familiar y solo así mantendrá la verdad de la que está hecha. Para que se haga radio solo se necesita la palabra. Para emocionar en antena a veces basta solamente con un silencio.